

PODEMOS RECORDARLO TODO POR USTED

PHILIP K. DICK

Despertó..., y añoró Marte. Pensó en los valles. ¿Cómo sería poder vagar por ellos? Maravilloso, sin duda; su sueño creció a medida que despertaba a la plena conciencia, el sueño y el anhelo. Casi podía sentir la presencia protectora del otro mundo, que sólo los agentes del gobierno y los altos funcionarios habían visto. Un empleado como él no era probable que llegase a verlo nunca...

—¿Te levantas o no? —preguntó soñolienta Kristen, su esposa, con su habitual y feroz mal humor—. Si te levantas, pulsa el botón del café caliente en la cocina.

—Está bien —dijo Douglas Quail, y se fue descalzo del dormitorio a la cocina.

Allí, después de pulsar solícitamente el botón del café, se sentó a la mesa, sacó una pequeña lata de fino rapé Dean Swift, inhaló profundamente, y la mezcla penetró por su nariz, quemándole el paladar. Pero aun así siguió inhalando; le despertaba y permitía que sus sueños, sus deseos nocturnos y sus ansias difusas se condensasen en una estructura más o menos racional.

Iré, se dijo. Antes de morir veré Marte. Era imposible, claro, y lo sabía, incluso mientras soñaba. Pero la claridad del día, el rumor mundano de su mujer que se cepillaba ahora el pelo ante el espejo del dormitorio, todo conspiraba para recordarle lo que era. Soy un mísero empleaducho, se dijo amargamente. Kristen se lo recordaba por lo menos una vez al día. No se lo reprochaba; era obligación de la esposa hacer bajar al marido a tierra, hacerle asentar los pies en el suelo. A la Tierra, pensó, y se echó a reír. La imagen era en este caso perfectamente literal.

—¿Qué andas olisqueando? —preguntó su mujer irrumpiendo en la cocina, arrastrando su larga bata rosa—. Un sueño, supongo. Siempre andas con sueños.

—Sí —dijo él, y miró por la ventana de la cocina hacia los vehículos aéreos y los canales de tráfico y toda la gentecilla apresurada que corría a trabajar. No tardaría en unirse a ellos. Como siempre.

—Supongo que se relacionará con alguna mujer —dijo torvamente Kristen.

—No —respondió—. Con un dios. El Dios de la Guerra. Tiene maravillosos cráteres con toda clase de vida vegetal creciendo en las profundidades.

—Escucha —Kristen se inclinó a su lado y habló con vehemencia, desapareciendo momentáneamente el tono áspero y gruñón de su voz—. El fondo del océano, *nuestro* océano, es mucho más hermoso, infinitamente más. Y tú lo sabes; todo el mundo lo sabe. Alquila dos equipos de agallas artificiales, tómate una semana de vacaciones, y podemos bajar a vivir allí en una de esas residencias acuáticas que funcionan todo el año. Y además... —se interrumpió—. No me escuchas. Y deberías escucharme. Lo que te digo es

mucho mejor que esa compulsión, esa obsesión de Marte que te domina, ¡pero ni siquiera me escuchas! — su voz se volvió chillona—. ¡Ay Dios mío, estás condenado, Doug! ¿Qué va a ser de ti?

—Me voy a trabajar —dijo él, poniéndose en pie y olvidando el desayuno—. Eso es lo que va a ser de mí.

Ella le miró fijamente.

—Cada vez estás peor. Te veo cada día más fanático. ¡Ya no sé a dónde van a llegar las cosas!

—A Marte —dijo él, mientras abría la puerta del armario para tomar una camisa limpia.

Después de bajarse del taxi, Douglas Quail cruzó lentamente tres canales de peatones densamente poblados y cruzó la moderna, atractiva e invitadora entrada. Allí se detuvo, en medio del tráfico de la mañana, y cautelosamente leyó el anuncio de neón de cambiante color. Ya había leído muchas veces aquel letrero... pero nunca se había decidido. Ahora era distinto; lo que ahora hacía era otra cosa. Algo que tarde o temprano tenía que suceder.

REKAL, INCORPORATED

¿Era la solución? Después de todo, una ilusión, por muy convincente que fuese, seguía siendo una ilusión. Al menos objetivamente. Pero subjetivamente... era muy distinto.

Y de todos modos tenía una cita. Cinco minutos más tarde.

Respirando profundamente una bocanada del aire contaminado de Chicago, cruzó el policromo umbral de la entrada y se acercó a la recepcionista.

La hermosa rubia del mostrador, pulcra, aseada, con los pechos desnudos, le saludó con suma simpatía:

—Buenos días, señor Quail.

—Buenos días —dijo él—. Estoy aquí para informarme sobre una sesión *Rekal*. Como supongo que usted ya sabe.

—Muy bien, señor Quail —dijo la recepcionista; accionó el receptor del videófono y dijo—: Señor McClane, aquí está el señor Douglas Quail. ¿Puede entrar ya? ¿O es demasiado pronto?

El intercomunicador emitió algunos extraños sonidos.

—Muy bien, señor Quail —dijo ella—. Puede usted entrar; el señor McClane le espera.

Cuando él avanzaba con paso inseguro, la muchacha añadió:

—Sala D, señor Quail. A su derecha.

Tras un breve momento de frustración en que se sintió perdido, pudo encontrar al fin la sala adecuada. La puerta estaba abierta y dentro, ante una gran mesa de nogal auténtica, se sentaba un hombre de aire cordial y mediana edad que vestía traje gris de piel de rana marciana, el último grito de la moda; sólo su atuendo indicaba ya a Quail que se había dirigido a la persona adecuada.

—Siéntese, Douglas —dijo McClane, indicando con mano regordeta la silla del otro lado de la mesa—. Así que usted desea haber ido a Marte. Muy bien.

Quail se sentó, inquieto y tenso.

—No estoy seguro que el costo compense —dijo—. Cuesta mucho y, por lo que entiendo, en realidad no se recibe nada. —Cuesta tanto como ir, pensó.

—Obtiene usted pruebas tangibles de su viaje —discrepó McClane, con énfasis—. Todas las pruebas necesarias. Se lo demostraré. —Hurgó en uno de los cajones de aquella mesa impresionante—. El billete.

Sacó de un sobre de papel manila un pequeño cuadrado de cartón.

—Esto prueba que usted fue y... volvió. Postales.

Sacó cuatro postales tridimensionales a todo color y las colocó en hilera sobre la mesa para que Quail las viese.

—Películas. Tomas hechas por usted de vistas marcianas con una cámara cinematográfica alquilada.

Le mostró también esto.

—Y los nombres de las personas que conoció, doscientos poscréditos de *souvenirs*, que llegarán, de Marte, el mes que viene. Un pasaporte, certificados de las inyecciones que le pusieron. Y más...

Alzó la vista, hacia Quail.

—Usted sabrá que fue, no lo dude —dijo—. No nos recodará, no me recordará a mí ni haber estado aquí. Para usted, mentalmente, será un viaje auténtico; se lo garantizamos. Dos semanas de recuerdos; hasta los más mínimos detalles. Y no lo olvide: si usted alguna vez duda que realmente realizó un viaje por Marte, podrá volver aquí y se le devolverá su dinero. ¿Comprende?

—Pero no iré —dijo Quail—. A pesar de las pruebas que ustedes me proporcionen no habré ido. —Lanzó un nervioso suspiro. Le parecía imposible que las implantaciones nemotécnicas extrafácticas de *Rekal, Incorporated* funcionasen... pese a lo que había oído decir a la gente.

—Señor Quail —dijo pacientemente McClane—, como explicaba usted en la carta que nos escribió, no tiene la menor posibilidad de ir realmente a Marte; no puede permitírselo y, más importante aún, nunca podría llegar a ser agente secreto de Interplan ni nada parecido. Éste es el único medio que tiene de conseguir, ejem, el sueño de su vida; ¿tengo razón o no? Usted no puede ser esto; usted no puede realmente hacer esto —rió entre dientes—. Pero puede usted *haber sido y haber hecho*. Nosotros comprendemos esto. Y nuestros honorarios son razonables; sin gastos extras escondidos. —Sonrió alentadoramente.

—¿Es tan convincente el recuerdo extrafáctico? —preguntó Quail.

—Más que el auténtico, señor. Si hubiese usted ido realmente a Marte como agente secreto de Interplan, habría olvidado ya mucho; nuestro análisis de los sistemas de recuerdo auténtico (recuerdos auténticos de los acontecimientos principales de la vida de una persona) muestra que la persona olvida en seguida toda una serie de detalles. Para siempre. Parte de lo que ofrecemos es que nuestra implantación profunda de recuerdos asegura su mantenimiento, asegura que nuestros clientes no olvidarán nada. El injerto que se le implantará en estado de coma es obra de especialistas seleccionados, hombres que han pasado años en Marte; verificamos todos los detalles en cada caso punto por punto. Y ha elegido usted un modelo extrafáctico bastante fácil; si hubiese elegido Plutón o hubiese querido ser emperador de la Alianza Planetaria Interna habría sido mucho más difícil... y los honorarios serían considerablemente mayores.

Llevándose la mano al bolsillo de la chaqueta para sacar la cartera, Quail dijo:

—Está bien; ha sido la ambición de toda mi vida y estoy convencido que nunca podré conseguirlo realmente. Así que tendré que conformarme con esto.

—No lo enfoque así —dijo severamente McClane—. No está aceptando usted algo inferior. El recuerdo auténtico, con toda su vaguedad, sus omisiones y sus elipsis, por no decir sus distorsiones, es lo que debe considerar inferior. —Aceptó el dinero y apretó un botón de su mesa—. Pues muy bien, señor Quail —dijo, mientras abría la puerta de su oficina y entraban rápidamente dos corpulentos individuos.

—Ahora mismo saldrá usted para Marte como agente secreto —añadió, levantándose a estrechar la húmeda mano del nervioso Quail—. O, mejor dicho, habrá ido usted. Esta tarde a las cuatro y media estará, ejem, de regreso a la Tierra; un taxi le llevará a su casa y, como dije, nunca recordará haberme visto o haber venido aquí; no recordará siquiera, en realidad, haber oído hablar de nosotros.

Con la boca seca por el nerviosismo, Quail siguió a los técnicos y salió de la oficina; lo que sucediese después dependía de ellos.

«¿Llegaré a creer de verdad que estuve en Marte? —se preguntó—. ¿Qué realicé la ilusión de mi vida?»

Tenía la extraña y persistente intuición que algo iría mal. Pero exactamente qué... no lo sabía.

Tendría que esperar para descubrirlo.

El intercomunicador de la mesa de McClane, que lo conectaba con el área de trabajo de la empresa, zumbó y una voz dijo:

—El señor Quail está bajo sedantes, señor. ¿Quiere usted supervisar este caso, o seguimos adelante?

—Es un caso normal —comentó McClane—. Sigán adelante, Lowe; no creo que haya ningún problema.

La programación del recuerdo artificial de un viaje a otro planeta (con el añadido de ser agente secreto o sin él) aparecía en el programa de trabajo de la empresa con monótona regularidad. En un mes, calculó

aproximadamente, deben darse unos veinte casos... el viaje interplanetario se ha convertido en una de nuestras principales fuentes de ingresos.

—Lo que usted diga, señor McClane —dijo Lowe, y el intercomunicador se apagó.

McClane pasó a la cámara abovedada que había detrás de su oficina y buscó un expediente Tres (viaje a Marte) y un expediente Sesenta y Dos (espía secreto de Interplan). Volvió con los dos expedientes a la mesa, se sentó cómodamente, y vació los contenidos, los materiales que serían instalados en casa de Quail mientras los técnicos se dedicaban a implantar el falso recuerdo.

Un arma portátil de un poscrédito, reflexionó McClane; éste es el elemento más importante. Y el que más nos compensa financieramente. Luego un transmisor del tamaño de una píldora, que el agente podrá tragarse si le capturaban. Un libro de claves asombrosamente parecido a los auténticos... los modelos de la empresa eran sumamente exactos: basados, en la medida de lo posible, en los modelos del ejército norteamericano. Otros objetos diversos que no tenían ningún sentido intrínseco pero que se tejerían en el tapiz del viaje imaginario de Quail, coincidiendo con sus recuerdos: media pieza antigua de plata de cincuenta centavos, varias citas de los sermones de John Donne escritas incorrectamente, cada una de ellas en un trozo independiente de papel transparente como de seda, varias cajas de cerillas de bares de Marte, una cuchara de acero inoxidable en la que había grabado Propiedad de la Cooperativa Nacional de la Cúpula Marciana, una cinta grabada que...

Sonó el intercomunicador:

—Señor McClane, siento molestarle pero ha ocurrido algo terrible. Quizás sea mejor que baje. Quail está ya bajo sedante; reaccionó bien a la narquidrina; está completamente inconsciente y se muestra receptivo. Pero...

—Ahora voy —percibiendo algún problema, McClane salió de su oficina; llegó en seguida a la zona de trabajo.

En una cama higiénica estaba tendido Douglas Quail, respirando lenta y regularmente, con los ojos prácticamente cerrados; parecía vagamente consciente (sólo vagamente) de los dos técnicos y, ahora, del propio McClane.

—¿No hay espacio para insertar los esquemas nemotécnicos falsos? —McClane estaba irritado—. Basta con borrar dos semanas de trabajo; trabaja de empleado en la Oficina de Emigración de la Costa Oeste, en el departamento del gobierno, así que tiene que haber tenido dos semanas de vacaciones en el último año. Eso bastaría. —Los pequeños detalles le irritaban. No podía evitarlo.

—El problema —dijo ásperamente Lowe—, es completamente distinto.

Se inclinó sobre la cama y dijo a Quail:

—Cuéntele al señor McClane lo que nos dijo —luego añadió, volviéndose a McClane—: Escuche atentamente.

Los ojos gris verdosos del hombre que estaba tendido en la cama se centraron en la cara de McClane. La mirada, observó inquieto, se había hecho dura; los ojos tenían un brillo liso, inorgánico, como de piedras semipreciosas desgastadas. No le gustaba lo que veía; aquel brillo era demasiado frío.

—¿Qué quieren ustedes ahora? —dijo ásperamente Quail—. Me han descubierto. Salgan de aquí antes que los haga pedazos. —Miró atentamente a McClane—. Sobre todo usted —continuó—. Usted está a cargo de esta operación de contraespionaje.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted en Marte? —dijo Lowe.

—Un mes —respondió Quail.

—¿Con qué propósito vino usted aquí? —exigió Lowe.

Quail frunció los labios; le miró pero no dijo nada. Por fin, arrastrando las palabras para darles un tono hostil, dijo:

—Soy agente de Interplan, ya se lo dije. ¿Es que no se acuerda? Lleve a su jefe la cinta audiovisual y déjeme en paz.

Luego cerró los ojos; el brillo frío se desvaneció.

McClane sintió, instintivamente, una sensación de alivio.

—Es un hombre duro, señor McClane —dijo quedamente Lowe.

—Dejará de serlo —dijo McClane— cuando le hagamos perder la secuencia nemotécnica otra vez. Será tan pusilánime como antes. —Luego dijo, dirigiéndose a Quail—: Así que por eso quería usted ir a Marte, por eso tenía tantas ansias de hacerlo.

Sin abrir los ojos, Quail dijo:

—Yo nunca quise ir a Marte. Se me asignó esa tarea... me dieron esa misión y fui... Bueno, sí, admito que sentía cierta curiosidad; ¿y quién no?

Abrió de nuevo los ojos y los examinó a los tres, en particular a McClane.

—Me han dado una auténtica droga de la verdad; despierta cosas de las que ya no tenía el menor recuerdo.

Pareció meditar unos instantes.

—¿Y Kristen? —dijo, hablando casi para sí mismo—. ¿Estaría metida en esto? Un contacto de Interplan controlándome... para asegurarse que no recupere la memoria... no es extraño que se opusiese tanto a mis deseos de ir allí.

—Créame, por favor, señor Quail —dijo McClane—; dimos con esto por puro accidente. El trabajo que hacemos...

—Le creo —dijo Quail. Parecía cansado ya; la droga seguía penetrando en él cada vez más profundamente.

—¿Dónde dije qué había estado? —murmuró—. ¿En Marte? Me cuesta trabajo recordar... sé que me gustaría conocerlo; como a todo el mundo. Pero yo... —su voz se desvanecía—. Sólo soy un empleado insignificante.

Lowe se incorporó y dijo a su superior:

—Él deseaba un recuerdo falso que correspondía a un viaje que realmente hizo. Y una razón falsa que fue la razón real. Está diciendo la verdad; la narquidrina hizo efecto hace ya rato. El viaje es muy vívido en su mente... al menos bajo sedante. Pero al parecer no lo recuerda de otro modo. Alguien, probablemente en un laboratorio de ciencias militares del gobierno, borró sus recuerdos conscientes; lo único que sabía era que ir a Marte significaba para él algo especial, y también el ser agente secreto. No pudieron borrar eso; no es un recuerdo sino un deseo, indudablemente el mismo que le empujó a ofrecerse voluntario para la misión en un principio.

El otro técnico, Keller, dijo a McClane:

—¿Qué hacemos? ¿Implantar un esquema nemotécnico falso sobre el recuerdo auténtico? Es imposible saber lo que resultará de eso; podría recordar algo del viaje verdadero, y la confusión podría provocar un proceso de psicosis. Tendría que mantener dos premisas opuestas en su mente de modo simultáneo: que fue a Marte y que no fue. Que es un auténtico agente de Interplan y que no lo es. Creo que deberíamos despertarle sin implantarle ningún recuerdo falso y echarle de aquí; puede ser peligroso.

—De acuerdo— dijo McClane. Se le ocurrió una idea—. ¿Puede usted predecir lo que recordará cuando desaparezcan los efectos del sedante?

—No hay modo de saberlo —dijo Lowe—. Lo más probable es que tenga un recuerdo difuso y vago de su viaje real. Y tendrá posiblemente grandes dudas de su autenticidad; quizás piense que nuestro programa alteró algún mecanismo. Y recordará haber venido aquí; eso no se borraría... a menos que quisiera usted borrarlo.

—Cuanto menos nos mezclamos en este asunto —dijo McClane—, mejor. Es peligroso; hemos sido lo bastante idiotas, o lo bastante desdichados, para descubrir a un auténtico espía de Interplan que tenía una cobertura tan perfecta que hasta ahora ni siquiera él sabía que lo era... o más bien que lo es.

Cuanto antes se quitasen de encima a aquel hombre que decía llamarse Douglas Quail mejor.

—¿Van a distribuir los expedientes Tres y Sesenta y Dos en su casa? —dijo Lowe.

—No —dijo McClane—. Y le devolveremos la mitad de los honorarios.

—¡La mitad! ¿Por qué la mitad?

—Me parece una buena solución de compromiso —dijo McClane sin mucha convicción.

Mientras el taxi le llevaba de vuelta a su casa, ubicada en el extremo residencial de Chicago, Douglas Quail se decía que resultaba agradable estar otra vez en la Tierra.

El mes que había pasado en Marte comenzaba a difuminarse en su memoria; sólo tenía una imagen de grandes cráteres, de la vieja erosión omnipresente en las colinas, en la vitalidad, en el movimiento mismo. Un mundo de polvo donde apenas si sucedían cosas, donde uno se dedicaba la mayor parte del día a comprobar y revisar la fuente portátil de oxígeno que llevaba encima. Y luego las formas de vida, los insignificantes y modestos cactus de color entre gris y marrón y los gusanos.

Había traído varios ejemplares de fauna marciana, que había podido pasar por la aduana porque los llevaba escondidos. Aunque en realidad no representaban ninguna amenaza; no podían sobrevivir en la pesada atmósfera de la Tierra.

Buscando en el bolsillo de la chaqueta intentó localizar el recipiente de los gusanos marcianos...

Y, en vez de él, encontró un sobre.

Lo abrió y descubrió, asombrado, que contenía setenta créditos, en billetes de bajo valor.

«¿De dónde salía aquello? —se preguntó—. ¿No había gastado hasta el último poscrédito de su viaje?»

Con el dinero había un trozo de papel que decía: «Devolución de la mitad de los honorarios. McClane». Y luego la fecha. La fecha de aquel mismo día.

—Recuerdo —dijo en voz alta.

—¿Qué recuerda, señor o señora? —inquirió respetuoso el robot conductor del taxi.

—¿Tiene una lista telefónica? —preguntó Quail.

—Desde luego, señor o señora.

Se abrió un panel con la lista telefónica micrograbada del condado de Cook.

—Tiene un nombre extraño —dijo Quail mientras repasaba las páginas de la sección amarilla.

Luego sintió miedo; un miedo expectante.

—Aquí está —dijo—. Lléveme allí, a *Rekal, Incorporated*. He cambiado de idea. No quiero ir a casa.

—De acuerdo, señor o señora, como quiera —dijo el conductor. Un momento después el taxi avanzaba en dirección opuesta.

—¿Puedo usar su teléfono? —preguntó.

—Haga lo que guste —dijo el conductor robot. Y le ofreció un relumbrante teléfono de color, del nuevo modelo de tres dimensiones, tipo emperador.

Marcó el número de su casa, y tras una pausa vio una imagen de Kristen en la pantalla, en miniatura pero asombrosamente realista.

—He estado en Marte —le dijo.

—Estás borracho —dijo ella mirándole torva y burlonamente—. O algo peor.

—Es la verdad.

—¿Cuándo? —preguntó ella.

—No lo sé. —Se sentía confuso—. Un viaje simulado, supongo. Por medio de una de esas agencias nemotécnicas artificiales o extrafácticas. No lo sé.

—Estás borracho —dijo Kristen cansinamente. Y desconectó.

El desconectó también, ruborizándose. Siempre el mismo tono, se dijo. Siempre las mismas respuestas, como si ella lo supiese todo y él no supiese nada. Qué matrimonio.

Un momento después el taxi se detuvo junto a la acera ante un edificio rosado muy atractivo y moderno, sobre el que un letrero de neón policromo y cambiante decía: REKAL INCORPORATED.

La recepcionista, muy elegante y desnuda de la cintura para arriba, le miró con sorpresa y tardó unos instantes en recuperarse.

—Hola, señor Quail —dijo nerviosa—. ¿Cómo está usted? ¿Se le olvidó algo?

—Vengo por el resto del dinero —dijo él.

Más tranquila ya, la recepcionista dijo:

—¿El dinero? Creo que está usted en un error, señor Quail. Estuvo usted aquí hablando sobre la posibilidad de un viaje extrafáctico para usted, pero... —encogió sus pálidos y suaves hombros—. Según tengo entendido, no hizo usted el viaje.

—Lo recuerdo todo, señorita —dijo Quail—. Mi carta a *Rekal, Incorporated*, que puso en marcha todo el asunto. Recuerdo mi llegada aquí, mi entrevista con el señor McClane. Luego los dos técnicos del laboratorio que me administraron la droga.

No era extraño que la empresa le hubiese devuelto la mitad de los honorarios. El recuerdo falso de su «viaje a Marte» no había resultado... al menos no del todo. No, según lo prometido.

—Señor Quail —dijo la chica—, aunque sea un empleado de poca categoría es usted atractivo y el enfurecerse estropea sus rasgos. Si se tranquilizase, yo podría, ejem, irme con usted...

Quail se puso furioso.

—Le recuerdo —dijo ferozmente—. Por ejemplo, el hecho que sus pechos estén rociados de azul; eso se me grabó. Y recuerdo que el señor McClane me prometió que si recordaba mi visita a *Rekal, Incorporated* me devolvería todo mi dinero. ¿Dónde está el señor McClane?

Tras un rato de espera (probablemente todo lo largo que pudieron lograr) se encontró una vez más sentado frente a la impresionante mesa de nogal, exactamente igual que una hora antes.

—Vaya técnica la suya —dijo sardónicamente Quail; su disgusto y su resentimiento eran enormes—. Mi supuesto «recuerdo» de un viaje a Marte como agente secreto de Interplan es nebuloso y vago y lleno de contradicciones. Y sin embargo recuerdo claramente mis tratos aquí con su gente. Creo que debo comunicar esto al Departamento de Control de los Negocios.

Ardía de cólera; la sensación de haber sido engañado le dominaba por completo, había destruido su habitual aversión a participar en una confrontación pública.

Con aire suave, además de cauto, el señor McClane dijo:

—Capitulamos, Quail. Le devolveremos todo su dinero. Admito que no hicimos absolutamente nada por usted. —Su tono era resignado.

—Ni siquiera me proporcionaron —dijo Quail acusando— los diversos objetos que usted afirmó que «me demostrarían» que había estado en Marte. Todos los cuentos que me endosó no se han materializado para nada. Ni siquiera tengo el billete. No tengo postales. Ni pasaporte. Ni pruebas de las inyecciones de inmunización. Ni...

—Escuche, Quail —dijo McClane—. Suponga que le digo...

Se interrumpió.

—Dejémoslo —pulsó un botón del intercomunicador—. Shirley, entregará usted un cheque de quinientos setenta créditos más al señor Douglas Quail. Gracias.

Desconectó y luego miró a Quail.

Apareció el cheque; la recepcionista lo colocó ante McClane y se desvaneció una vez más, dejando solos a los dos hombres, que aún se miraban frente a frente por encima de la superficie de la gran mesa de nogal.

—Permítame que le dé un consejo —dijo McClane después de firmar el cheque y pasárselo—. No hable de su, ejem, de su reciente viaje a Marte con nadie.

—¿Qué viaje?

—Bueno, esa es la cuestión —dijo, tercamente, McClane—. El viaje que recuerda usted parcialmente. Haga como que no lo recuerda, finja que nunca tuvo lugar. No me pregunte por qué; pero siga mi consejo: será mucho mejor para todos nosotros.

Había comenzado a transpirar. Copiosamente.

—Y ahora, señor Quail, tengo otros asuntos pendientes, tengo que ver a otros clientes. —Se levantó y empujó a Quail hacia la puerta.

Cuando abrió la puerta, Quail dijo:

—Una empresa que trabaja tan mal no debería tener ningún cliente —y cerró de un portazo.

Camino a casa, en el taxi, Quail fue redactando mentalmente la carta de queja al Departamento de Control de Negocios, División Tierra. En cuanto llegase a casa tomaría su máquina de escribir y la escribiría; estaba convencido que tenía el deber de advertir a otras personas contra *Rekal, Incorporated*.

Cuando llegó a su apartamento se sentó ante su Hermes Rocket portátil, abrió un cajón para buscar papel de copias... y vio una pequeña caja familiar. Una caja que había llenado cuidadosamente en Marte con fauna marciana y que había logrado pasar de contrabando por la aduana.

Al abrir la caja vio, asombrado, seis gusanos muertos y varios especímenes de seres unicelulares de los que se alimentaban los gusanos marcianos. Los protozoos estaban secos, marchitos, pero los reconoció; había tardado todo un día en encontrarlos entre las grandes y extrañas rocas oscuras. Un maravilloso e iluminador paseo de exploración.

Pero yo no fui a Marte, analizó.

Sin embargo, por otra parte...

Apareció Kristen en la puerta, cargada de comestibles en una bolsa marrón pálido.

—¿Cómo estás en casa a estas horas? —su voz, igual hasta la eternidad, era acusatoria.

—¿Fui a Marte? —le preguntó—. Tú lo sabrías.

—No, claro que no fuiste a Marte; deberías saberlo, supongo. ¿No estás siempre deseando ir?

—Dios mío —dijo—, estoy seguro de haber ido. —Tras una pausa añadió—: Y al mismo tiempo creo que no fui.

—A ver si te aclaras.

—¿Cómo? —hizo un gesto desesperado—. Tengo ambos recuerdos dentro de la cabeza; uno es real y el otro no lo es, pero no puedo diferenciarlos. ¿Por qué no puedo confiar en ti? Ellos no trataron contigo.

Al menos podría hacer esto por él; aunque jamás hiciese otra cosa.

Kristen dijo con una voz llana y controlada:

—Doug, si no te controlas, estamos listos. Tendré que dejarte.

—Tengo problemas —dijo él, con voz áspera; sintió un escalofrío—. Probablemente sea un problema psicológico; espero que no, pero... quizás lo sea. Lo explicaré todo.

Dejando la bolsa de alimentos, Kristen se dirigió al armario.

—Te hablo en serio —dijo quedamente; se quitó la chaqueta, la colgó y volvió a la puerta de calle—. Te telefonearé un día de estos, pronto. Adiós, Doug. Espero que puedas salir de esto; te pido realmente que lo hagas. Por tu propia seguridad.

—Espera —dijo él, desesperado—. Dímelo de forma terminante; dime si fui o no fui... lo que sea. —Pero ellos quizás hubiesen alterado también su secuencia nemotécnica, pensó.

Se cerró la puerta. Su mujer le había abandonado. ¡Al fin!

—Bueno, está bien —dijo una voz detrás de él—. Ahora levanta las manos, Quail. Y vuélvete también, por favor, y mira hacia aquí.

Se volvió instintivamente, sin levantar las manos.

El hombre que le miraba vestía el uniforme color melocotón del Departamento de Policía Interplanetaria, y su arma parecía ser un modelo de las Naciones Unidas. Y, por alguna extraña razón, aquel individuo le resultaba familiar; familiar de un modo nebuloso y confuso, indeterminable. Por fin, levantó las manos.

—Recuerdas tu viaje a Marte —dijo el policía—. Sabemos todo lo que has hecho hoy y conocemos todos tus pensamientos... en particular tus importantísimos pensamientos durante el viaje de *Rekal, Incorporated* a casa —y añadió una explicación—: implantamos un transmisor telepático en tu cráneo; nos mantiene constantemente informados.

Un transmisor telepático; fabricado con plasma vivo que se había descubierto en la Luna. Se estremeció con una sensación de repugnancia. Tenía dentro de sí aquello, aquella cosa viva dentro de su propio cerebro, alimentándose, escuchando, alimentándose. Pero la Policía Interplanetaria lo utilizaba; esto había salido incluso en los homeoartículos. Así que, pese a lo desagradable que era, quizás fuese cierto.

—¿Pero por qué a mí? —dijo ásperamente Quail. ¿Qué había hecho él... o pensado? ¿Y qué tenía esto que ver con *Rekal, Incorporated*?

—En realidad —dijo el policía de Interplan—, esto no tiene nada que ver con *Rekal*; es algo entre tú y nosotros. —Indicó su oído derecho—. Aún sigo recibiendo tus procesos mentales a través del transmisor cefálico.

Quail vio en la oreja de aquel hombre un pequeño aparato de plástico blanco.

—Por eso debo advertirte: todo lo que pienses puede ser utilizado contra ti. —Sonrió—. No es que eso importe ya; ya que bajo los efectos de la narquidrina hablaste al señor McClane y a sus técnicos de tu viaje; dijiste a dónde fuiste, para quién trabajas y parte de lo que hiciste. Están muy asustados. Lamentan haberte conocido. —Luego añadió meditabundo—: Y tienen razón.

—Yo nunca hice ningún viaje —dijo Quail—. Es una secuencia nemotécnica falsa incorrectamente implantada por los técnicos de McClane.

Pero luego pensó en la caja, la caja en su escritorio que contenía formas de vida marcianas. Y el trabajo que le había costado reunir las; esto desde luego era auténtico. A menos que McClane lo hubiese preparado todo. Quizás aquello fuese una de las «pruebas» que le había mencionado McClane.

«El recuerdo de mi viaje a Marte —pensó—, no me convence... pero por desgracia ha convencido al Departamento de Policía Interplanetaria. Creen que realmente fui a Marte y que, al menos parcialmente, soy consciente de ello.»

—No sólo sabemos que fuiste a Marte —dijo el policía de la Interplan, contestando a sus pensamientos—, sino que sabemos que recuerdas ahora lo suficiente para crear dificultades. Y no tendría ninguna utilidad que borrásemos tu recuerdo consciente de todo esto, porque si lo hiciésemos simplemente

te presentarías en *Rekal, Incorporated* otra vez, y sería volver a empezar. Y no podemos meternos con McClane y su negocio porque no tenemos jurisdicción más que sobre nuestra propia gente. En realidad McClane no ha cometido ningún delito —miró a Quail—. Ni tampoco tú, teóricamente. No fuiste a *Rekal, Incorporated* con la idea de recuperar tu memoria; fuiste, como comprendimos, por la razón habitual por la que lo hace la gente... El amor por la aventura de las gentes sencillas... —Luego añadió—: Por desgracia tú no perteneces a ese grupo, y ya has tenido demasiadas emociones; lo que menos necesitabas de todo el universo era un servicio de *Rekal, Incorporated*. Nada podría haber sido peor para ti y para nosotros. Y, en realidad, para McClane.

—¿Por qué puede ser peligroso para vosotros —dijo Quail— el que recuerde mi viaje, mi supuesto viaje, y lo que hice allí?

—Por que lo que tú hiciste no está de acuerdo con nuestra gran imagen pública de Padre Blanco Protector. Hiciste, por nosotros, lo que nunca hacemos. Como llegarás a recordar... gracias a la narquidrina. Esa caja de gusanos y algas muertas lleva seis meses en un cajón de tu escritorio, desde que regresaste. Y en ningún momento mostraste la menor curiosidad por ella. Ni siquiera supimos que la tenías hasta que la recordaste cuando volvías a casa en el taxi; entonces vinimos aquí a buscarla —añadió sin necesidad—, pero no tuvimos suerte. No hubo tiempo suficiente.

El segundo policía de Interplan se acercó al primero; los dos conferenciaron brevemente. Entre tanto, Quail pensaba con gran rapidez. Ahora recordaba más, el policía tenía razón en lo de la narquidrina. También ellos, la Interplan, debían utilizarla. Era lo más probable. ¿Probable? Estaba convencido que lo hacían; les había visto aplicársela a un preso. ¿Dónde había sido *aquello*? ¿En alguna parte de la Tierra? Más probablemente en la Luna, decidió, viendo alzarse la imagen de su vacilante (aunque cada vez menos) memoria. Y recordó algo más. La razón para que le envasen a Marte; el trabajo que había hecho allí.

No era extraño que le hubiesen borrado el recuerdo.

—Oh, Dios mío —dijo el primero de los dos policías de Interplan, interrumpiendo su conversación con el otro; había captado, evidentemente, los pensamientos de Quail—. Bueno, esto es mucho peor; ahora ya no habrá solución. —Caminó hacia Quail, apuntándole de nuevo con su pistola—. Tendremos que matarte ahora mismo —dijo.

Su compañero dijo con nerviosidad:

—¿Por qué ahora mismo? Podemos simplemente llevarle a la Interplan de Nueva York y dejarle allí, para que ellos...

—Él sabe por qué tiene que ser inmediatamente —dijo el primer policía, que también parecía nervioso ahora. Quail comprendió que era por una razón totalmente distinta. Había recuperado de pronto casi por completo su memoria. Y comprendía perfectamente el nerviosismo del policía.

—En Marte —dijo ásperamente Quail—, maté a un hombre. Después de burlar a quince guardaespaldas. Algunos de ellos armados con pistolas como las vuestras.

Interplan le había adiestrado durante un período de cinco años para convertirle en un asesino. Un asesino profesional. Sabía desembarazarse de adversarios armados... como aquellos policías; y el del receptor en la oreja lo sabía también.

Si actuaba con suficiente rapidez...

La pistola disparó. Pero se había hecho a un lado y al mismo tiempo derribado al policía que la empuñaba. En un instante logró apoderarse de la pistola y apuntó al otro policía, que le miraba confuso.

—Leía en mis pensamientos —dijo Quail, jadeando por el esfuerzo—. Sabía lo que iba a hacer, pero de todos modos lo hice.

Incorporándose, el policía derribado gruñó:

—No utilizaré la pistola contra ti, Sam; puedo leer lo que piensa. Sabe que está liquidado, sabe que nosotros lo sabemos también. Vamos, Quail.

Laboriosamente, gimiendo de dolor, consiguió ponerse en pie. Extendió la mano, vacilante.

—La pistola —dijo a Quail—. No puedes utilizarla, y si me la devuelves puedo garantizarte que no te mataré; tendrás una oportunidad, decidirá sobre tu caso un funcionario superior de la Interplan, no yo. Quizás puedan borrar otra vez tu recuerdo; no lo sé. Pero sabes por qué yo iba a matarte; no puedo evitar que lo recuerdes. Así que mi razón por querer matarte es en cierto modo algo pasado.

Quail, sin soltar la pistola, salió de la casa, y corrió hacia el ascensor. «Si me sigues —pensó—, te mataré. Así que no lo hagas.» Apretó el botón del ascensor y, un momento después, las puertas se cerraron.

El policía no le había seguido. Evidentemente había captado sus decididos pensamientos y no había querido correr el riesgo.

El ascensor descendió. Había conseguido escapar... por aquella vez. Pero ¿qué pasaría la siguiente? ¿A dónde iría?

El ascensor llegó abajo; un momento después Quail se perdía entre la multitud de ciudadanos que corrían por los canales. Le dolía la cabeza y se sentía mal. Pero por lo menos se había librado de una muerte segura; habían estado a punto de matarle allí mismo, en su propia casa.

«Y probablemente vuelvan a hacerlo —pensó—. Cuando me encuentren. Y con este transmisor dentro, no tardarán mucho.»

Irónicamente, había conseguido lo mismo que había pedido a *Rekal, Incorporated*: Aventuras, peligros, la policía de Interplan tras él, un viaje secreto y peligroso a Marte en el que se jugaba la vida... todo lo que él había querido como recuerdo falso.

Las ventajas de un simple recuerdo, y nada más, podía apreciarlas ahora.

En el banco del parque, solo, se puso a observar ceñudo una bandada de peritos, unas semiaves importadas desde las dos lunas de Marte, capaces de elevarse a gran altura en su vuelo, incluso con la inmensa gravedad de la Tierra.

«Quizás pudiese volver a Marte —pensó—. Pero, ¿luego qué?»

Marte sería peor: la organización política a cuyo jefe había asesinado le localizaría en cuanto saliese de la nave; allí tendría a la Interplan y a ellos tras él.

—¿Oyes mi pensamiento? —preguntó. Acabaría paranoico; allí sentado, solo, les sentía controlándole, registrándole, analizándole... Se estremeció, se levantó, caminó sin objetivo, las manos profundamente hundidas en los bolsillos—. No importa a dónde vaya —comprendió—. Siempre estaréis conmigo. Mientras tenga este intruso dentro de la cabeza.

»Haré un trato contigo —pensó para sí, y para ellos—. ¿No podríais imprimir un patrón de recuerdo falso de nuevo en mi mente, como hicisteis antes, según el cual yo hubiese vivido una vida rutinaria y normal y nunca hubiese ido a Marte, jamás hubiese visto un uniforme de la Interplan de cerca y nunca hubiese manejado una pistola?

—Como te hemos explicado detenidamente, eso no bastaría —contestó una voz dentro de su cerebro.

Se detuvo, atónito.

—Antes nos comunicábamos contigo así —continuó la voz—. Cuando operabas en el campo, en Marte. Hacía meses que no lo hacíamos. Supusimos, en realidad, que no tendríamos que volver a hacerlo. ¿Dónde estás?

—Caminando —dijo Quail— hacia la muerte.

«Voy para que me maten las pistolas de vuestros agentes», pensó.

—¿Por qué estáis tan seguros que aquello no bastaría? —preguntó—. ¿Es que no funcionan las técnicas de *Rekal*?

—Como dijimos, si se te diese un grupo de recuerdos medios, normales, te sentirías... inquieto. Irías a parar inevitablemente a *Rekal* o a uno de sus competidores de nuevo. No podemos correr otra vez el riesgo.

—Supongo —dijo Quail— que una vez cancelados mis recuerdos auténticos pueden implantarse recuerdos más vitales e interesantes que los ordinarios. Algo que satisfaga mis deseos. Supongo que lo habréis comprobado; probablemente me admitieseis en un principio por esos mismos deseos. Pero tenéis que ser capaces de entregarme algo parecido... algo igual: Yo era el hombre más rico de la Tierra hasta que entregué todo mi dinero para instituciones educativas. O, por ejemplo, un famoso explorador del espacio profundo. Cualquier cosa de ese tipo. ¿No serviría?

Silencio.

—Intentadlo —dijo desesperadamente—. Consultad con algunos de vuestros psiquiatras militares de primera fila; explorad mi mente. Descubrid cuáles son mis máximos anhelos. —Intentó pensar— Mujeres. Miles de mujeres, como Don Juan. Un Don Juan interplanetario... una amante en cada ciudad de la Tierra, la Luna y Marte. Pero que lo abandonó todo, cansado. Por favor —suplicó—. Intentadlo.

—¿Te rendirías entonces voluntariamente? —preguntó la voz dentro de su cabeza—. ¿Te rendirías si aceptásemos probar con esa solución? ¿Si fuese posible?

—Sí —dijo, tras dudar unos instantes—. Correré el riesgo —pensó—, que sencillamente me matéis.

—Haz tú el primer movimiento —dijo la voz—. Dirígete hacia nosotros. E investigaremos las posibilidades. Pero si no podemos hacerlo, si tus auténticos recuerdos comienzan a brotar otra vez como lo han hecho ahora, entonces... —hubo un silencio y luego la voz concluyó—: tendremos que destruirte. Supongo que lo comprenderás. Bueno, Quail, ¿aún quieres intentarlo?

—Sí —dijo. Porque la alternativa era la muerte inmediata... y segura. Al menos así tenía una oportunidad, por pequeña que fuese.

—Preséntate en nuestro cuartel general de Nueva York —continuó la voz del policía de Interplan—. En el número 580 de la Quinta Avenida, duodécimo piso. En cuanto te hayas rendido, nuestros psiquiatras se ocuparán de ti; haremos pruebas de tu deseo más íntimo, tu fantasía más anhelada... y luego te llevaremos otra vez a *Rekal, Incorporated*; solicitaremos su colaboración para que satisfagan ese deseo mediante retrospección sustituta subrogada. Y... buena suerte. Te debemos algo; actuaste como instrumento eficaz en beneficio nuestro.

No había malicia en aquella voz; en realidad si ellos, la organización, sentía algo hacia él era simpatía.

—Gracias —dijo Quail. Y empezó a buscar un taxi robot.

—Señor Quail —dijo el serio y viejo psiquiatra de la Interplan—, posee usted una fantasía-sueño muy interesante. Probablemente su conciencia ni siquiera se lo imagina. Esto es bastante común; por otra parte espero que no le inquiete demasiado enterarse.

El oficial de alta graduación de la Interplan que estaba presente dijo con aspereza:

—Es mejor que no esté demasiado alterado cuando lo oiga, si espera conservar la vida.

—A diferencia de la fantasía de desear ser un agente secreto de la Interplan —continuó el psiquiatra—, lo que, siendo producto de la madurez, relativamente hablando, tenía cierta plausibilidad, esta producción es un sueño grotesco de su niñez; no es extraño que no fuese capaz de recordarlo. Su fantasía es ésta: tiene usted nueve años y camina por un sendero en el campo. Una nave espacial, bastante rara, procedente de otro sistema solar, aterriza directamente frente a usted. Sólo usted, señor Quail, la ve en la Tierra. Las criaturas que hay dentro son muy pequeñas y desvalidas, una especie de ratones de campo, aunque se proponen invadir la Tierra; pronto les seguirán otras decenas de miles de naves que esperan a que éste grupo de observación dé la señal.

—Y supongo que los detengo —dijo Quail, experimentando una mezcla de repugnancia y complacencia—. Yo sólo acabo con ellos. Probablemente a pisotones.

—No —dijo pacientemente el psiquiatra—. Usted impide la invasión, pero no destruyéndolos. En vez de eso, se muestra amable y cordial con ellos, aunque por telepatía (que es el sistema de comunicación de estos seres) sabe por qué han venido. Ellos jamás han visto rasgos tan humanitarios en un organismo inteligente, y para mostrar su agradecimiento hacen un trato con usted.

—No invadirán la Tierra mientras yo siga vivo —dijo Quail.

—Exactamente —dijo el psiquiatra al oficial de la Interplan—. Puede ver que esto se ajusta a su personalidad, pese a su burla fingida.

—Así que simplemente existiendo —dijo Quail, sintiendo una creciente satisfacción—, simplemente con estar vivo, logro librar a la Tierra de una amenaza. Entonces soy la persona más importante de la Tierra. Sin alzar siquiera un dedo.

—Así es, señor —dijo el psiquiatra—, y eso forma la base de su psique, es una fantasía infantil sobre la que se apoya su vida. Sin terapia de profundidad y sin droga, nunca la hubiese recordado. Pero ha existido siempre dentro de usted; se ha mantenido sumergida, pero nunca se ha apagado.

El alto funcionario dijo a McClane, que estaba allí sentado escuchando atentamente:

—¿Puede usted implantar un esquema nemotécnico extrafáctico de este tipo en él?

—Manejamos todos los tipos de deseo-fantasía que existen —dijo McClane—. Francamente, me he encontrado con muchos peores que éste. Claro que podemos hacerlo. Dentro de veinticuatro horas no sólo *deseará* haber salvado la Tierra; creará con toda certeza que sucedió realmente.

—Entonces puede empezar a trabajar —dijo el funcionario de policía—. Como preparación hemos borrado una vez más el recuerdo de su viaje a Marte.

—¿Que viaje a Marte? —preguntó Quail.

Nadie le contestó, así que, a regañadientes, archivó la pregunta. Y, de todos modos, ya había aparecido un vehículo de la policía; él, McClane y el alto funcionario lo abordaron camino a Chicago, concretamente a *Rekal, Incorporated*.

—Será mejor que no cometan ningún error esta vez —dijo el funcionario al nervioso McClane.

—No veo en qué podríamos equivocarnos —murmuró McClane, sudando—. Esto no tiene nada que ver con Marte ni con la Interplan. Impedir él solo una invasión de la Tierra por otro sistema estelar. —Meneó la cabeza—. En fin, vaya sueño. Y por la simple fuerza de la virtud; sin ninguna violencia. Muy bonito. —Se enjugó la frente con un gran pañuelo de lino.

Nadie decía nada.

—En realidad —dijo McClane— es conmovedor.

—Pero arrogante —dijo secamente el funcionario—. En cuanto él muera, la invasión continuará. No es extraño que lo olvidara; es la fantasía más grandiosa que conozco. —Miró a Quail de reojo, con desaprobación—. Y pensar que incluimos a este individuo en nuestra nómina...

Cuando llegaron a *Rekal, Incorporated* la recepcionista, Shirley, les recibió sin aliento en la oficina exterior.

—Bienvenido otra vez, señor Quail —agitaba sus pechos como melones (aquel día pintados de naranja incandescente), temblando de nerviosismo—. Lamento que todo funcionase tan mal antes; estoy segura que esta vez todo irá mejor.

McClane, que seguía enjugándose la frente con su pañuelo de lino irlandés, dijo:

—Irá mejor, desde luego. —Moviéndose con rapidez se adelantó a Lowe y a Keeler, y los condujo, junto con Douglas Quail, a la zona de trabajo, y luego, con Shirley y el funcionario de alta graduación, regresó a su oficina. Ahí esperarían.

—¿Tenemos un expediente para este caso, señor McClane? —preguntó Shirley, tropezando con él en su agitación y ruborizándose luego, tímidamente.

—Creo que sí. —Intentó recordar, luego desistió y consultó el formulario—. Una combinación —decidió en voz alta— de los expedientes Ochenta y Uno, Veinte y Seis.

De la sección abovedada de la cámara que había detrás de su mesa sacó los expedientes, y los puso sobre la mesa para inspeccionarlos.

—Del Ochenta y Uno —explicó—, una varita mágica curadora, regalo de la raza de seres de otro sistema al cliente... en esta ocasión el señor Quail. Una prueba de su gratitud.

—¿Funciona? —preguntó con curiosidad el funcionario de policía.

—Funcionó una vez —explicó McClane—. Pero, en fin, ¿sabe?, el individuo en cuestión la utilizó hace años, curando a diestra y siniestra. Ahora es sólo un recuerdo que funcionó espectacularmente.

Rió entre dientes y luego abrió la carpeta del expediente número Veinte.

—Un documento del secretario general de la ONU dándole las gracias por salvar la Tierra; éste no nos servirá, porque parte de la fantasía de Quail es que nadie sabe de la invasión más que él, pero por razones de verosimilitud lo incluiremos.

Inspeccionó luego el expediente número Seis. ¿Qué había allí? No podía recordar. Frunciendo el ceño, hurgó en la bolsa de plástico mientras Shirley y el oficial de la Interplan observaban atentamente.

—Aquí dice quiénes eran ellos —dijo McClane—. Y de dónde procedían. Incluye un mapa estelar detallado que indica la ruta que siguieron para llegar aquí y el sistema de origen. Por supuesto, está redactado en su idioma y en su alfabeto, así que él no puede leerlo. Pero recuerda que ellos se lo leyeron en su propia lengua.

Colocó los tres objetos en el centro de la mesa.

—Habrá que llevar esto a casa de Quail —explicó al funcionario—. De modo que los encuentre cuando regrese a ella. Y eso confirmará su fantasía. PAN... Procedimiento de Actuación Normal.

Rió entre dientes con cierta aprensión, preguntándose como les iría a Lowe y a Keeler.

Sonó el intercomunicador.

—Señor McClane, siento molestarle —era la voz de Lowe; se quedó helado al reconocerla, helado y mudo—. Algo sucede. Creo que sería aconsejable que bajase usted aquí a supervisar. Como la otra vez, el señor Quail reaccionó bien a la narquidrina; está inconsciente y relajado y se muestra receptivo. Pero...

McClane acudió corriendo a la zona de trabajo.

Douglas Quail estaba tendido en la camilla. Respiraba lenta y regularmente, tenía los ojos semicerrados y una confusa conciencia de las personas que le rodeaban.

—Empezamos a interrogarle —dijo Lowe, muy pálido—, para descubrir exactamente cuando tuvo lugar su recuerdo-fantasía de haber salvado la Tierra él solo. Y aunque parezca extraño...

—Ellos me dijeron que no lo contara —murmuraba Douglas Quail con voz mortecina, deformada por la droga—. Ese fue el acuerdo. Yo no debía recordarlo siquiera. Pero, ¿cómo podría olvidar un acontecimiento como ése?

—Supongo que sería difícil —reflexionó McClane—. Pero lo olvidó... hasta ahora.

—Incluso me dieron un pergamino —murmuró Quail—, como prueba de gratitud. Lo tengo escondido en mi casa; se los enseñaré.

McClane dijo al funcionario de la Interplan que había bajado corriendo tras él:

—Bueno, les sugiero que consideren que es mejor no matarle. Si lo hiciesen «ellos» regresarían.

—Me dieron también una varita mágica invisible y destructora —murmuró Quail, con los ojos ya totalmente cerrados—. Con ella maté en Marte a aquel hombre al que me enviaron a eliminar. Está en el cajón de mi escritorio, junto con la caja de gusanos y de algas que recogí en Marte.

El funcionario de la Interplan, sin decir palabra, se volvió y salió de la zona de trabajo.

«Será mejor que archive otra vez los objetos de prueba de los expedientes», se dijo McClane con resignación. Volvió a su oficina caminando lentamente. Incluyendo el documento del secretario general de la ONU. Después de todo...

El auténtico probablemente no tardase en llegar.

FIN

Libros Tauro